

José de la Cuadra



**Banda de
Pueblo**

textos.info
biblioteca digital abierta

Banda de Pueblo

José de la Cuadra

textos.info

Libros gratis - biblioteca digital abierta

Texto núm. 4854

Título: Banda de Pueblo
Autor: José de la Cuadra
Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy
Fecha de creación: 4 de octubre de 2020
Fecha de modificación: 28 de abril de 2021

Edita **textos.info**

Maison Carrée
c/ Ramal, 48
07730 Alayor - Menorca
Islas Baleares
España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Banda de Pueblo

Cornelio, joven de catorce años, ignoraba aún muchas cosas de la vida, como por ejemplo: el verdadero valor de un padre.

Eran nueve, en total: ocho hombres y un muchacho de catorce años. El muchacho se llamaba Cornelio Piedrahita y era hijo de Ramón Piedrahita, que golpeaba el bombo y sonaba los platos; Manuel Mendoza, soplabá el cornetín; José Mancay, el requinto; Segundo Alancay, el barítono; Esteban Pacheco, el bajo; Redentor Miranda, el trombón; Severo Mariscal, sacudía los palos sobre el cuero templado del redoblante; y, Nazario Moncada Vera chiflaba el zarzo. Cornelio Piedrahita no soplabá aparato alguno de viento, ni hacía estrépito musical ninguno; pero, en cambio, era quien llevaba la botella de mallorca, que los hombres se pasaban de boca en boca, como una pipa de paz, con recia asuididad, en todas las oportunidades posibles. Además, aunque contra su voluntad, el muchacho había de ayudar a conducir el armatoste instrumental del padre, cuando a éste, cada día con más frecuencia, lo vencían los accesos de su tos hética. Era, así, imprescindible, y formaba parte principalísima de la banda.

Por cierto que los músicos utilizaban al muchacho para los más variados menesteres; y, como él era de natural amable y servicial, cuando no lo atacaba el mal humor... prestábase de buena gana a los mandados.

La única cosa que le disgustaba en realidad, era alzarse a cuestras el bombo. Del resto, dáble lo mismo ir a entregar, hurtándose a los perros bravos y a los ojos avizores, una carta amorosa de Pacheco, que era el tenorio lírico de la banda, y a cualquier chola guapetona; o adelantarse, casi corriendo, cuadrás y cuadrás, al grupo, para anunciar como heraldo la llegada, o, en fin, aventurarse por las mangas yerbosas en busca de un ternero, un chivo, un chancho o cualquier otro "animal de carne", al que hundía un largo cuchillo que punzaba el corazón, si no era que le seccionaba la yugular para satisfacer los nueve estómagos hambrientos, en las ocasiones, no muy raras, en que los "frejoles se veían lejos".

Cuando andaban por las zonas áridas de cerca al mar, Cornelio Piedrahita, tenía que hacer mayor uso de sus habilidades de forzado abigeo.

—Estos cholos de Chanduy son unoh fregaoh —decía Nazario Moncada Vera, contando y recontando las monedillas de níquel—. Tre'sucreh, hermo'sacao.

Severo Mariscal, que era tan alegre como los golpecillos de su tambor cuando tocaba diana, oponía , esperanzado:

Pero, en Sant'Elena noh ponemoh la botah. ¡Eso eh gente abierta! ¡Ya verán! Yo hey estao otras veces, en la banda der finao Merquíade Santa Cru.

—¿Er peruano?

—Boliviano era. Le decían peruano, de insulto. Er se calentaba.

—¡Ah!...

Redentor Miranda inquiría, angustiado:

—Bueno, ¿y la comida? De aquí a Snt'Elenaaa hay trecho.

Nazario Moncada Vera permanecía silencioso, pensativo. Resolvía después:

—Me creo de que debemo'ir a lo'sitioh: Engggunga, Enguyina, Er Manatial, L'Azucar...despuéh tumbamo pa Sant'Elena.

—Como sea.

Segundo Alancay no se satisfacía:

—¿Y l'agua? ¿Quiersde l'agua?

—En Manatial vendeh.

—¿Y la plata? ¿quiersde la plata?

Todo él era dificultades; lo contrario de su hermano José, para quien ni los obstáculos verdaderos le parecían reparo.

Manuel Mendoza, sentencioso, sabio de vieja ciencia montubia, decía la última palabra:

—Pah la seh, lo que hay eh la dandiya... sssandiyah no fartan en estoh lao...

Redentor Miranda insistía:

—Pero, seh no máh no eh lo que siente uno..... ¿Onde hayamoh er tumbé?

Redentor Miranda se parecía, en la facha, a su trombón. Era explicable su ansiedad.

Pero, estaba ahí Manuel Mendoza, oportuno:

—¿Y loh chivo? ¿Onde me dejah loh chivo? No hay plata pa mercarloh... ¡Bueno!... ¿Y ónde me dejan a "Tejón Macho"? ¿Onde me lo dejan?

Con esto de "Tejon macho" se refería a Cornelio Piedrahita, que tenía ese apodo desde antaño, cuando era un chiquitín y vivía aún en su pueblo natal de Dos Esteros.

El muchacho sólo les permitía a Mendoza, que era su padrino, y a Moncada Vera, que lo llamaran por el mote. A los demás les contestaba cualquier chabacanada.

Ramón Piedrahita miraba a su hijo amorosamente con sus ojos profundos, brillosos, afiebrados.

—¡Me lo están dañando ar chumbote! —decía—. ¡Ya quieren que se robe otro chivo! ¡Tan enviceándomelo!

Suspiraba y añadía:

—Cuando me muera y naiden me lo vea, va'a parar a la cárcel...

Manuel Mendoza intervenía enérgico:

—¿Y nosotroh? ¿Onde noh deja'a nosotroh? ¿Y yo? ¿Onde me dejah'a mi?

Arrugaba el entrecejo al agregar:

—A voh, compadre, l'enfermedad t'está volvviendo pendejo. ¡Y no hay derecho! ¡No hay derecho, compadre!

* * *

Contando al muchacho, eran siete de la costa y dos de la sierra. Se habían ido juntando al azar, al azar de los caminos; y, ahora, los unía prietamente un lazo fuerte de solidaridad, que no subía a la boca en las palabras mal pronunciadas, en los giros errados del lenguaje, en la sintaxis ingenua de su ignorancia campesina; pero que, mucho mejor, se significaba a cada momento en los gestos, en los actos.

Fueron primero, tres: Nazario Moncada Vera, Esteban Pacheco y Severo Mariscal. Un saxo, un bajo y un redoblante.

Hacían unas tocatas infames. A las personas entendidas ocurríaseles de escucharlos, que se habían desatado en la tierra los ruidos espantosos del infierno o un abierta tempestad de mar de altura.

—Pero, la gente bailaba; ¿verdá, Pacheco? —¡Claro!

—¡Y dábamoh sereno!

—Noh contrataban por noche. Mi'acuerdo quuue don Pepe Soto, er mentao "Zambo jáyaro" noh paso treinta sureh una veh pa que le tocáramos en una tambarria q'hizo onde lah Martine... ¿Conociste voh, Mendoza, a lah Martine?

—¿Y meno? ¿Me creeh de que soy gringo? ¿NNNoh eran lah'entenada de Goyo Silva, que le decían lah "Yegua meladah"?

—Lah mesmah.

—¡Ah!... Corrieron gayo lah doh... La mayooor izque vive con un fraile en la provincia... la otra izque se murió de mal...

—Sí... Esa eh la qu'interesaba "Zambooo jáyaro"... Camila... No la aprovechó... Una moza que bía dejao por eya "Zambo jáyaro" l'hizo er daño en pañolón bordao que le mandó a vender con un turco senciyero, de'esos que andan en canoa... El turco arcagüetió la cosa...

—Aha...

Eran así los recuerdos de la época, ya lejana, de los tres.

—Despuéh te noh'apegaste voh, Mendoza.

—¿Cómo "apegaste"? ¡Rogao ni sannnto que juí!

—Hum...

—¡Claro!

Reían.

—¡Claro!

Reían anchamente las bromas.

—A redentor Miranda lo cogimo pa una fiesttta de San Andreh, Boca'e Caña.

—Mejor dicho, en el estero de Zapán.

—Como a lagarto.

Tornaban a reír.

—Voh, Piedrahita, te noh'untaste en Daule,,, pa una fiesta de mi Señor de loh Milagro. Vo'habíah bajado de Dos Estero buscando trabajo.

—Sí... Jué ese año de loh dos'inviernoh quuuue s'encontraron... Ese año se murió la mamá de m'hijo... Quedé solo y la garré grima ar pueblo...

Se ponía triste con la memoria dolorosa.

Añadía:

—Er día que me venía a Daule jué que me frregaron... ¡Porque a mí lo que m'hicieron eh daño, como a Camila Martine, la "Yegua melada"!... Yo no me jalaba con mi primo Tomáh Macía, y ese día, cuando m'iba a embarcar, me yamó y me dijo: "Oiga, sujeto; dejémono de vaina y vamo dentrando en amistá". "Bueno, sujeto" le dije yo (porque así noh tratamo con ér, de "sujeto".), y noh dimo lah mano... En seguida m'invitó unoh

tragoh onde er chino Pedro... Y en la mayorca me amoló... Desde entonces no se me arrancan la toseh... Y ve que m'hey curao ¡Porque ya me hey curao!

Manuel Mendoza cortaba el discurso:

—Ya te lo hey dicho, compadre. Pa voh toddavía hay remedio porque tu mar no'stá pasao. Onde puedah'irte a Santo Domingo de loh Colorao, loh indio te curan.

—Este verano voy.

Así era siempre... El próximo verano se iba Ramón Piedrahita a curarse de su tos en las montañas de los Colorados... El próximo verano... Pero, no partía nunca... No fue nunca allá... A otra parte se fue...

—Con loh'Alancayeh noh completamo en Babahhoyo pa una fiesta de mi señora de lah Mercede...

—¡Ahá!

* * *

Los hermanos Alancay habían bajado desde la provincia de Bolívar, y tenían una historia un poco distinta de las de sus otros compañeros...

Los hermanos Alancay eran oriundos de Guaranda, y, cuando muchachos, habían trabajado en los latifundios, al servicio de los gamonales de la provincia de Bolívar. Creyendo mejorar escaparon a Los Ríos y buscaron contrato en una hacienda donde se exploraba madera.

Era la época del concertaje desenmascarado y de la prisión por deudas.

Los Alancay, sin saber como, se encontraron conque, tras un año de labor ruda y continuada, no guardaban nada ahorrado, apenas si habían comido, estaban casi desnudos, y para remate, tenían con el patron una cuenta de cien sures cada uno.

Acobardados, huyeron de nuevo, rumbo a sus tierras natales. Esperaban que les iría menos mal que en la llanura, a pesar de todo. Les fue igual, si no peor.

Entrampados, fugaron por tercera vez, encaminándose a Riobamba.

Felizmente para ellos, ardía el país en una guerra intestina, y necesitaban gente fresca en los cuarteles.

Se metieron de soldados. El jefe del cuerpo los defendió cuando la autoridad civil, a nombre de los patronos acreedores, los reclamó.

Zafaron así. La esclavitud militar los libró de la esclavitud bajo el régimen feudal de los terratenientes; y, el látigo soportando encima de la cureña del cañón, a rítmicos golpes compasados por los tambores, en la cuadra de la tropa... los libró del látigo sufrido con más los tormentos de la barra o del cepo Vargas en las bodegas o en los galpones de las haciendas y sin más música que el respirar jadeante del capataz...

Hicieron la campaña.

Sacaron heridas leves y un gran cansancio, un cansancio tan grande, tan grande, que sentían que ya nada les importaba mayor cosa y que la vida misma no valía la pena.

Esto lo sentían oscuramente, sin alcanzar a interpretarlo; a semejanza de esos dolores opacos, profundos, radiados que se sienten en lo hondo del vientre y de los cuales uno no acierta a indicar el sitio preciso.

Transcurrió mucho tiempo para que se recobraran; pero, en plenitud, jamás se recobraron.

En la paz cuartelera aprendieron música por notas. Llegaron a tocar bastante bien, en cualquier instrumento de soplo, las partituras más difíciles, con poco repaso. Las composiciones sencillas las ponían a primera vista.

Los ingresaron en la banda de la unidad.

Entonces, ser de la banda era casi un privilegio, y los soldados se disputaban porque los admitieran al aprendizaje de la música.

Los Alancay se consiguieron sus barraganas entre las cholas que frecuentaban los alrededores del cuartel. Junto con las demás guarichas, sus mujeres seguían al batallón cuando, en cambio de guarnición, era destacado de una plaza a otra.

Los dos hermanos se consideraban ya casi venturosos; yendo de acá para allá, conociendo pueblos distintos y viendo caras nuevas.

El rancho era pasable; tenían hembras para el folgar, dinero al bolsillo, ropa de abrigo, y el trabajo era soportable y les agradaba hacerlo. ¿Qué más?

Pero, de su tranquilidad los desplazó bruscamente la noticia de otra revolución.

El ambiente cuartelero no los había militarizado, y guardaban vivo y perenne, el recuerdo de la anterior campaña. Por eso, al saber la orden de movilización de su unidad, desertaron.

A prevención, lleváronse dos instrumentos, los que más a mano toparon: un requinto y un barítono; pero, como en pago, abandonaron sus guarichas al antojo de los compañeros.

Erraron meses y meses por las montañas, perdidos a veces, miserables, hambrientos, pero satisfechos de estarlo antes que arrostrar las penurias y los peligros de la campaña contra los montoneros, que hacían una destrozadora guerra de guerrillas.

En los aldeúcas de indios, en los sitios de peones, tocaban el requinto y el barítono, acompañándose como podían. Después recogían las moneditas.

Eran casi mendigos.

Un día, en Babahoyo, toparon con la banda popular que ya por entonces dirigía Nazario Moncada Vera.

Les propuso éste que ingresaran en ella, y los Alancay gustosísimos aceptaron.

* * *

Aún cuando los hermanos Alancay eran los que más sabían de música y dirigían y enseñaban a los demás, la jefatura la conservó siempre, aun por encima del viejo Mendoza, Nazario Moncada Vera.

Este se decía nacido en las proximidades de Cone y pretendía ser de una

familia de bravos yaguacheños que siguieron al general Montero en todas sus aventuras, completándole las hazañas. Aseguraba que, en un solo combate, pelearon con el partido del general nada menos que siete Moncadas, formando parte de su famosa caballería.

—Yo no hey arcanzao esoh tiempoh... A mí mmme tocó la mala, cuando jué la de perder, en la cerrada de Yaguachi... Ahí m'hirieron en un brazo... Una bala me pasó atocando...

En efecto. Nazario Moncada Vera era casi inválido de un brazo a cuya circunstancia atribuía sus dificultades con el instrumento.

—Anteh tocaba máh mejor. Yo hey sido músiiico de línea, como loh'Alancayen...

Contaba que en la acción de Yahuachi, ya herido, hubo de ocultarse, huyendo del enemigo, debajo del altar de San Jacinto, en la iglesia parroquial, y que, en su escondrijo, permaneció dos días sin poder salir.

—Noh cazaban como a zorroh... Onde noh garrrraban, noh remataban a culata limpia... ¡Eso era coco!... Ahí, voh Mendoza, que te la dah de macho, te bierah cagao loh calzoneh...

Parecían tener sus "picos pendientes" con Mendoza, porque frecuentemente se echaban chinitas.

El viejo decía:

—¡No me la caracoleeh! ¡Tíramela en paro, que yo l'aguanto!

Reían y no ocurría nada.

De Moncada Vera se referían en voz baja historia poco edificantes.

—Comevaca ha sido.

—En la cárcel de Guayaquil estuvo.

—Pero jué por político.

—¿Y en Galápagos? ¿Por qué estuvo en Galápaggoh?

—¡Por comevaca puh!

—No...

—Auto motivado tiene...

—¿Y como no lo garra la Rurar?

—¿No saben? Lo defendió un abogao gayazo..... Cuando le cayó auto motivado, lo hizo pasar por muerto y presentó er papel de la dejunción como que había muerto en Baba... No se yama Nazario... Fermín se yama... Y ér dice ahora que Fermín era su hermano y que eh finao... ¡Pero, loh que sabemoh sabemoh!...

—¡Ah!...

Sea como fuere, Nazario Moncada Vera hablaba mucho de su pasado. Mas, es lo cierto que a menudo se contradecía.

Mostrábase orgulloso de su origen, y este lado flaco que lo explotaba el viejo Mendoza.

—Todo Yaguacheño, amigo, lo que eh, eh laadrón...

—¡Mentira!

—¿Y er dicho? ¿Onde me deja'her dicho? ¿¿¿Qué dice er dicho? "Anda a robar a la boca'e Yaguachi..." ¿Dice o no dice?

—¡No me lah resqueh'en contra, Mendoza!.....

En otras ocasiones se gloriaba de sus paisanos ribereños, que antaño fueron temidos piratas de río.

—¡Esoh eran hombreh, caray!

Nazario Moncada Vera sabía tantop de monte como el propio Mendoza y más que los otros compañeros.

Poseía, sin duda, el don de los caminos, y resultaba un guía infalible. Era, en una sola pieza, brújula, plano topográfico y carta de rutas. De Quevedo a Balao y de Boliche a Ballenita, no había fundo rústico, o poblado, por chico que fuera, donde careciera de relaciones y no conociera, por lo menos, a alguno de sus antecesores. En todas partes tenía amigos,

compadres o "cuñados".

He aquí una escena.

Llegaba de noche la banda a una casuca pajiza, "aflojada en media sabana como cabayuno d'engorde".

Ladraban los perros.

Arriba apagaban el candil, y la casa quedaba cautelosamente a oscuras.

Moncada Vera gritaba: —¡Amigo!

Silencio.

—¡Amigo!

Silencio.

Al fin, aburrido, decía:

—No seah flojoh... ¡Soy yo, Moncada Vera, con la banda'e música.

Arriba notábase un movomiento apenas perceptible, alguien se para petaba tras la ventana abierta. Veíanse, en la oscuridad rebrillar el filo del "raboncito" o el cañón de la "garabina".

Y después de unos instantes, una voz jubilosa daba la bienvenida:

—¡Adioh, compadre Nazario!

—¿Noh me conocían?

—Con la ascurana, no, compadre. Dispense... ¡Y como hay tanto mañoso! Suba, compadre, con loh caballeroh...

Sucedía que, al cabo de los años, Nazario Moncada Vera había hallado a su compadre Remanso Noboa, con quien, de seguro, habrían estado mucho tiempo juntos en alguna parte, y con quien harían, mano a mano, memorias de las pellejerías que, juntos también, le habrían hecho a alguna mujer o algún hombre...

—¡Vea como son lah cosah!

Podría ser otra la escena.

Estaba la banda en una aldea enfiestada. Nazario Moncada Vera necesitaba un caballo "pa'un menester urgente".

Pasaba un joven jinete.

—¡Oiga, amigo!

El jinete se revolvía.

—¿Qué se l'ofrece?

—¿No eh'usté de loh Reinoso de la Bocana?<<

—No; soy de loh'Arteaga de Río Perdido. —¡Ah! ...¿Hijo'e Terencio?

—No; de Belisario.

—¡Ah! ...¿De mi cuñado Belih...? ¡ahi'stá llla pinta!

Después de poco, Nazario Moncada Vera, trepando en el caballo del desmontado jinete, iría a despachar su asunto, dejándolo al otro a pie y satisfecho de servir al "cuñado" de su padre.

Estas condiciones de Nazario Moncada Vera obraban, sin duda, para mantenerlo a perpetuidad en la jefatura de la banda.

* * *

Casi no se separaban los músicos

En ocasiones, alguno de ellos quedábase cortos días en su casa, de tenerla, con los suyos, o, si no, en la de algún amigo o pariente.

Los que escondían por ahí su "cualquier cosa", eran quienes mayor tiempo disfrutaban de vacaciones.

En especial, Severo Mariscal.

Nazario Moncada Vera le decía, cuando el del tambor le comunicaba su intención de "tomarse una largona".

—¡Ya va'empreñaralguna mujer, amigo! ¡Usttté'eh—a—lafija!

Y era así, infallable.

A los nueve meses de la licencia había en el monte un nuevo Mariscal.

Severo se gloriaba:

—¡Pa mi no hay mujer machorra!

La verdad es que tampoco había, para él, mujer despreciable: de los doce años para arriba, sin límite de edad...

— Lo que hay que ser eh dentrador —repetíaaaa.

Cuando tratábase de una chicuela, se justificaba diciendo:

—La carne tierna p'al diete flojo.

Cuando ocurría lo contrario, decía:

No crea amigo: gayina vie, echa güen cardo.

O también:

—Eh er güeso que da gusto a la chicha... Se burlaba de Esteban Pacheco, cuyos amores eran casi todos platónicos.

Lo aconsejaba:

—¡Dentra Pacheco! A la mujer que dentraleee.

Reía:

—A mí no se me pasan ni las comadreh...

Pacheco argüía tímido:

—Te vah'a fregar.

—Yo me limpio con la vaina de loh castigohhh.

Al oír estas discusiones, Manuel Mendoza terciaba, según costumbre,

inclinándose siempre a favor de Severo Mariscal, en contra de Esteban Pacheco.

—¡Déjalo Severo! —decía—. A Pacheco no le agrada mah bajo que su instrumento.

Y reía con su risita aguda, que era —según expresión de Redentor Miranda "calentadora"...

* * *

En la temporada seca, la banda iba generalmente completa.

—P'al invierno, bueno que gorreen... Pero p'al verano hay que ajuntarse decía Nazario Moncada Vera.

—Cierto. Eh en que verano cai toda la fieeestería...

Apenas se les escapaba alguna fiesta de pueblo, por apartado que estuviera de las vías de comunicación más transitadas; y, no sólo en la provincia del Guayas, sino en la de los Rios y aún en la parte sur de la de Manabí, en las zonas que colindan con las del Guayas.

Sobre todo, eran infaltables en las más importantes: Santa Ana, de Samborondón; San Lorenzo, de Vinces; San Jacinto, de Yaguachi; Santa Lucía; la Virgen de las Mercedes, de Babahoyo; el Señor de los Milagros y Santa Clara, de Daule, San Pedro y San Pablo, de Sabana Grande de Guayaquil; San Antonio, de Balao; la Navidad, del Milagro...

El año anterior a la muerte de Ramón Piedrahita, fueron por primera vez, a Guayaquil, para celebrar la Semana Santa en la barriada porteña de la iglesia de La Victoria. Les fue bien y pensaban volver al año siguiente.

La banda era número de importancia en los programas pueblerinos. En los anuncios que, suscrito por el prioste o encargado, aparecían en los diarios guayaquileños invitando "a los devotos, turistas y público en general a contribuir con su presencia a la solemnidad de la fiesta"; se decía, al pie de los datos sobre lidia de gallos, carrusel de caballitos, circo, carrera de ensacados, etc., que amenizaría los actos "el famoso grupo artístico musical que dirige el conocido maestro Nazario Moncada Vera, con sus reputados profesores, poniendo las mejores piezas de su numeroso y selecto repertorio, tanto nacional como extranjero".

Era, en verdad, nutrido el repertorio.

No había pasillo que la banda no tocara; desde el remoto Suicida hasta Ausencia, pasando por Gotas de ajeno, Alma en los labios, Ojos verdes, Vaso de lágrimas, Mujer lojana, etc., es decir, por toda la abundancia flora de esas composiciones populares.

En materia de vales, la banda prefería Loca de amor, Sobre las olas, Sufrir y más sufrir, Idolatría y otras semejantes.

No figuraban en la lista de piezas más tangos que Julián y Muchacha de circo; pero, los Alancay habían cambiado de tal modo los compases, que ya de tango sólo les restaba el nombre y podían ser bailados como el más atrafagado y saltarín de los pasillos.

También se tocaba sanjuanés andinos, en especial uno que comenzaba:

*San Juanito, nito,
de Pulí, pulí...
¡Sácate los ojos!
¡Dámelos a mí!*

Zambas, rumbas, marineras, chilenas, boleros, de todo había en el repertorio; pero, con estas piezas ocurría, poco más o menos, lo que con los tangos.

Para las serenatas, los músicos escogían canciones, de esas viejas canciones cuyo origen se ha perdido en la no escrita historia de los campos, y en las que, si bien algunas fueron traídas de Cuba o Yucatán en el pasado siglo, remontan su origen, en la mayoría a la época colonial y calentaron de amor la sangre criolla de las bisabuelas...

Para acompañar los entierros de los montubios pudientes, dedicaban una suerte de pasodoble tristón, en el que introducían, alterando contextura, trozos de sanjuanés, de bambucos, y aún de jotas aragonesas.

Cuando "alzaban a Santo" en la misa mayor de las aldeas enfiestadas, la banda entraba por una machicha brasileña que los Alancay aprendieron en el cuartel y enseñaron luego a sus compañeros.

Había también machicha en la ceremonia del descendimiento del ángel,

para la pascua de Resurrección; el ángel —representado siempre por la más guapa chica del pueblo— bajaba, atada de una sogu encintada a la espalda, desde la ventana más alta del campanario, sobre el petril de la iglesia... Callados los sonos de la música, anunciaba a las pávidas gentes que Dios, aunque pareciera mentira, estaba vivo y más robusto que nunca después de su crucifixión y entierro... Los cohetes y las palomitas de colores —debido a la munificencia de los chinos acatolicados— expresaban luego el júbilo de los circunstantes por la extraordinaria noticia... Y, de nuevo la machicha brasileña...

Finalmente la banda sabía el himno nacional ecuatoriano y una arrancada rapidísima, a paso de polka, con intermedios de ataque.

Nazario Moncada Vera decía que esta arrancada, que él calificaba de marcha guerrera, fue la última que tocaron las fuerzas militares revolucionarias en la rota de Yaguachi...

* * *

La banda utilizaba todas las vías posibles para trasladarse de un punto a otro.

Ora viajaban los músicos en lanchas o vapores fluviales, en segunda clase, sobre las rumas de sacos de cacao para exportación o junto al ganado que se llevaba a los camales; ora, en piraguas ligeras, que navegaban en flotillas apretadas ora, en canoa de montaña, a punto de palanca contra corriente, o a golpe de remo, a favor, en las bajadas; ora, por fin alguna vez, en las balsas enormes que se deslizan, por el río al capricho de las mareas, conduciendo frutas, desde las lejanas cabeceras, para los mercados ciudadadnos.

Cuando incursionaban en las poblaciones de junto al mar, viajaban en balandras; y, cierta ocasión que los contrataron para una fiesta en Santa Rosa, en la provincia de El Oro, se embarcaron a bordo de un caletero.

Pero, por lo general, marchaban a pie por los caminos reales o por los senderuelos de las haciendas; y, muchas veces, abriendo trochas en la montaña cerrada.

Cuando la noche o la lluvia se les venía encima, buscaban un refugio cualquiera; bien se apelotonaban bajo un árbol frondoso, bien bajo un

galpón o cobertizo; bien en alguna choza abandonada, de esas que suelen hacer los desmonteros de arroz para el pajareo y la cosecha, y los madereros para el corte.

Eso no ocurría con frecuencia: casi siempre Nazario Moncada Vera arreglaba el itinerario de tal modo que hiciera noche en algún pueblo o hacienda, o, siquiera, en la casa de alguna persona acomodada que les prestara hospedaje gratuito.

Precisamente, alojados en una de estas mansiones rurales — en la de los Pita Santos, de boca de Pula— se encontraban la tarde en que murió Ramón Piedrahita.

Este acontecimiento doloroso cerró una etapa de la historia sencilla de la banda, y abrió otra nueva.

Lo anterior a ese acaecido pertenece al pasado; el presente sigue desde entonces... y seguirá... manso, sereno e igual...

Las cartas amorosas de Pacheco...Las conquistas de Severo Mariscal y los hijos consecuentes... La ciencia montubia de Mendoza... Las dificultades de Segundo Alancay... El hambre insaciable de Redentor Miranda.. Lo mismo... Exactamente, lo mismo...

Continuará de aventura la banda por los caminos del monte, irán los músicos en busca de fiestas poblanas para alegrar con su alharaca instrumental, de entierros que acompañar, de serenatas que ofrecer, de ángeles que ver descender, no del cielo, pero de la ventana más alta de los campanarios rurales... Irán en busca de todo eso; más, irán también, con eso, en busca del pan cotidiano... que los hombres hermanos se empeñan en que no dé la tierra generosa para todos... sino para unos cuantos...

Cuentan el tiempo los músicos por el triste acaecido de la fuga del compañero físico que sonaba el bombo roncador y los platillos rechinantes...

—Eso jué anteh de que se muriera Ramón Pieedrahita...

—No; jué despuéh...Ya lo'bía reemplazado "Tejón Macho"... M'acuerdo porque en Jujan no pudimoh tocar el himno nacional... "Tejón

Macho" no lo bía prendido todavía...

—De verah...

* * *

Era el atardecer.

Los últimos rayos del sol —&que había jalao de firme, amigo"— jugueteaban cabrilleos en las ondas blancosucias del riachuelo.

Redentor Miranda dijo, aludiendo a los reflejos luminosos en el agua:

—¡Parecen bocachicos nadando con la barrigga p'encima!

Manuel Mendoza fue a replicar, pero se contuvo.

—Hasta la gana de hablar se le quita a unoo con esta vaina —murmuró.

Iba el grupo, silencioso, por el sendero estrecho que seguía la curva de la ribera, hermanando rutas para el trajinar de los vecinos. A lo lejos al fin el camino— distinguíase el rojo techo de tejas de una casa de hacienda, cobijada a la sombra de una frutaleda, sobre cuyos árboles las palmas de coco, atacadas de gusano, desvencijaban sus estípetes podridos, negruscos, ruinosos...

—Bay! Esa eh la posesión de loh Pirah Santtoh.

—La mesma.

—¿Arcansaremo a yegar?

Humm...

Hablaban bajito, bajito... Susurraban las palabras...

—Er tísico tiene oido de comadreja.

Esteban Pacheco preguntó, ingenuamente:

—¿Tísico dice? ¿Pero eh que Piedrahita tafectao? ¿No decían que era daño?

Nazario Moncada Vera lo miró.

—¡No sea pendejo amigo! —replicó—. Los'ojoo si'han hecho para ver...
¿Usté ve o no ve?

Ramón Piedrahita no podía más.

Iba casi en guando, conducido por Severo Mariscal y Redentor Miranda.

Delante marchaba su hijo, lloroso, con el bombo a cuestras... Pero, ahora iba el muchacho casi contento de llevarlo... Pensaba, vagamente, que debería haberlo llevado siempre... Y quería, acaso, que pesara más, mucho más...

A cada paso se revolvía:

—¡Papá! ¿Cómo se siente papà? ¿Se siente mejorado papá? ¡Papá!

Ramón Piedrahita no respondía. Hubiera, si, deseado responder. Se le advertía en el gesto de la faz lívida, demacrada, mascarilla de cadáver... un desesperado esfuerzo por hablar... Pero, no hablaba... Hacía una hora que no hablaba ya...

Manuel Mendoza reprendía al muchacho:

—¡Ve que mi ahijao! ¡Se fija que mi compaadre está debilitao y le hace conversación! ¡Deje que se recupere!

Los demás sonreían a hurtadilla, lúgubrementemente.

Hacían los Alancay la retaguardia del grupo. Cambiaban frases entre sí y con Mendoza, cuando éste se les acercaba para satisfacer su ración de charla inevitable.

—A mí nidien me convenció nunca jamás de qque el Piedrahita estaba amaliado. ¡Picado del pulmón estaba!

—Yo ni me apegaba, por eso. De lejitos....

Mendoza terciaba magistralmente:

—Ustedeh como no son d'estoh laoh, no sabeen esta cosa de loh maleh que li hacen ar critiano... Puede que mi compadre tenga picao el pulmón,

no digo que no; pero, ha de ser que Tomah Macía, que jué er que lo jodió, le metió alguna poliya en la mayorca... ¿No li han oído cómo cuenta? Los Alancay otorgaban, respetuosos: —¡Así ha de ser, don Mendoza! Cuando usteed lo afirma...

—¡Vaya que lo firmo!

Nazario Moncada Vera iba de un lado para otro.

—¡Apúrense! ¡Noh va'garrar la noche! ¡Esse hombre necesita tranquilidad!

Se acercó a los que conducían a Piedrahita:

—Háganle, mah mejor, siya'e mano. Arrecuéeéstenlo un rato en er suelo pa que se acondicionen y el enfermo se entone.

Miranda y Mariscal depositaron sobre una cama de yerba el cuerpo casi exánime de Piedrahita.

Todos lo rodearon.

Tenía ya el pobre la respiración estertorosa de la agonía. Cuando abría los ojos, buscando ansiosamente al hijo, se le clavaba, la mirada vidriosa de las pupilas medio paralizadas... Tosía, aún... Era la suya una tos seca, que parecía salir sólo de la garganta; una tos chiquilla, apenas perceptible... absolutamente semejante al arrullar de la paloma de Castilla en los nidales altos.

Nazario Moncada Vera llamó aparte a Mariscal y a Miranda.

—De que repose un rato —ordenó, li hacen lla siya e mano...Pero, andenle, con cuidado... Cuando tuesa, revuervan la cara pa que no leh sarpique la baba...

—¡Ah!...

—No eh que yo sea asquiento; pero, la enfeermedá eh la enfermedadá... El hombre que va morir, suerta toda la avería que tiene adentro...

—¡Ah!...

Ramón Piedrahita se había agravado de un momento a otro. Hasta el día

anterior, aún se valía de sus piernas. Fatigábase, pero avanzaba.

Habían procurado dejarlo en varias partes, más él quería seguir, seguir...

Decía:

—Déjenme yegar onde Melasio Vega. Ese hommbre me sana.

Melasio Vega era un curandero famoso, cuya vivienda estaba a cuatro horas a caballo, justamente, de la casa de los Pita Santos, adonde ahora se aproximaba el grupo.

Ramón Piedrahita ya no pensaba en los indios brujos de Santo Domingo de los Colorados. Se contentaba conque lo "medicinara" Melasio Vega...

—¡Milagro hace! Jué er que sarvó a Tiburccio Benavide, que'staba pior que yo...

—¡Ahá!...

Los compañeros no se atrevieron a negarle a Piedrahita la satisfacción de su empeño. Y siguieron adelante.

Comentaban:

—No avanza.

—Onde loh'Arriaga se noh queda.

—Pasa. Onde loh Duarte, tarveh.

—No; máh lejo...

¿Onde?

—Onde loh Calderoneh...

—No; onde loh Pita Santoh no máh...

Esto lo dijo Nazario Moncada Vera y adivinó.

—Máh mejor que sea ayí, a lo meon si está mi compadre Rumuardo...

—Quién sabe está en lah lomah con er ganaddito...

—No; al'hijo grande manda. Er se queda reeposando. Ya'stá viejo mi compadre Rumuardo.

—Ahá...

Y ahora estaban ahí, en las inmediaciones de la hacienda de los Pita Santos, con el moribundo.

—¡Ni qui'hubiera apostao conmigo pa'hacermme ganar! —repetía Nazario Moncada Vera.

Después de un rato, ordenó:

—¡Cárguenlo!

Y en la oreja de los conductores, musitó, recalcando el consejo de antes:

—Cuando tuesa, viren la cara pa que no loss'atoque er babeo.

Lentamente —"como prosección en la plaza'e pueblo chico"—, adelantó el uno hasta la casa de los Pita Santos, en cuyo portal hizo alto.

Nazario Moncada Vera gritó:

—¡Compadre Rumuardo!

Rumualdo Pita Santos se asomó a la azoteilla que se abría en un ala del edificio.

—¡Vaya compadre! —exclamó en tono alegre—. Feliceh los'oyo que lo ven, compadre!

En seguida, inquirió:

—¿Y qué milagro eh por aquí en mi modesta posesión?

Moncada Vera respondió, muequeando un guiño triste:

—Por aquí, compadre, andamo con er socio PPiedrahita que si'ha puesto un poco adolescente... Y venimoh pa que noh de usté una posadita hasta mañana...

—¡Como no compadre! Ya sabe usted que esté eh su casa.

—¿Onde noh'arreglamo, compadre?

—Arriba no hay lugar, porque tenemoh posannteh; unoh parienteh de su comadre, que han venido a'hacerse ver con Melasio Vega... Pero abajo, en la bodega, pueden acomodarse.

—Onde se sea.

—Dentre, pueh, compadre, con la compañía; que yo vi'hacerle preparar un tente—en—pié p'al cansancio que tren...seguro...

—¡Graciah, compadre!

Ramón Piedrahita fue colocado en unos gangochos, sucios, de cáscaras de arroz y de café, sobre el suelo de tablas de la bodega. Una vieja montura sirvió para almohada. Encima del cuerpo le echaron un poncho.

La mujer de Rumualdo Pita Santos —ña Juanita, una cincuentona robusta y guapota—. bajó a apersonarse del enfermo.

Cornelio Piedrahita quedóse a la cabecera de su padre; pero; los músicos no entraron en la bodega, sino que se encaminaron a la orilla del río, y en el elevado barrancal se fueron sentando, uno al lado del otro, enmudecidos, junto a los enmudecidos instrumentos.

Por un instante, las miradas de todos convergieron en el gordo bombo que Cornelio Piedrahita dejara abandonado en el portal.

En lo íntimo se formularon pregunta semejante:

—¿Quién lo tocará despueh?

Pero, no se respondieron.

Transcurrieron así muchos minutos, una hora quizás. Las sombras se habían venido ya cielo abajo, sobre la tierra ennegrecida, sobre las aguas ennegrecidas...

En la bodega estaban ahora, además de ña Juanita sus hijas: tres chinas de carnes del color y la dureza de los manglares rojizos... No obstante la

amargura que los embargaba, al contemplarlas. Esteban Pacheco resolvió escribirles, aún cuando fuera a las tres, una carta de amor, y Severo Mariscal creyó que había en ellas campo abonado para el florecimiento de nuevos mariscales...

Mas, las muchachas ni los saludaron, siquiera.

Penetraron, de prisa, en la bodega, para acompañar a su madre y ayudar al enfermo a bien morir.

Era en esto que había bajado, porque se escuchaban sus voces que rezaban los auxilios...

Decían:

—¡Gloriosísimo San Miguel, príncipe de la milicia celestial, ruega por él!
¡Santo Angel de su guardia; glorioso San José, abogado de los que están agonizando, rogac por él!

Después rezaron letanías. La madre invocaba; las hijas coreaban...

—San Abel... Coro de los justos... San Abrraham... Santos Patriarcas y Profetas... San Silvestre... Santos Mártires... San Agustín... Santos Pontífices y Confesores... San Benito... Santos Monges y Ermitaños... San Juan... Santa María Magdalena... Santas Vírgenes y Viudas...

—!Rogac por él!... ¡Rogac por él!...Rogac por él...

Más tarde, recomendaban su alma:

—¡Sal en nombre de los Angeles y Arcángelees; en nombre de los Tronos y Dominaciones; en nombre de los Principados y Potestades; en el de los Queribines y Serafines!...

Esto fue lo último. Cesaron las voces.

Los músicos se estremecieron.

Apareció en el umbral de la puerta de la bodega, la figura de ña Juanita.

—¡Ya'cabó! —dijo.

Prendido a su falda, Cornelio Piedrahita, ahora más pequeño, vuelto más

niño ahora, sollozaba...

¡Papá! ...¡Papá!...

Nada más.

Los músicos guardaron su silencio.

Y transcurrieron nuevos minutos. Parecía como si todas las gentes hubieran perdido la noción del tiempo.

Y, de improviso, sucedió lo no esperado.

Uno de los hombres —después se supo que fue Alancay, el del barítono—, sopló en el instrumento. El instrumento contestó con un alarido trístón.

Los demás músicos imitaron inconscientemente a su compañero... Se quejaron con sus gritos peculiares al saxo, el trombón, el bajo, el cornetín...

Y, a poco, sonaba pleno, aullante, formidable de melancolía, un sanjuan serraniego... Mezclábanse en él trozos de la marcha fúnebre que acompañaba los entierros de los montubios acaudalados y trozos de pasillos dolientes...

Lloraban los hombres por el amigo muerto, lloraban su partida; pero, lo hacían, sinceros, brutalmente sinceros, por boca de sus instrumentos, en las notas clamorosas...

Mas, algo faltaba que restaba concierto vibrante a la música: la armonía acompañadora del bombo, el sacudir reclinante de los platos.

Faltaban.

Pero de pronto, advirtieron los músicos que no faltaba ya.

Se miraron.

¿Quién hacía romper su calma al instrumento enlutado?

—¡Ah!...

Cornelio Piedrahita golpeaba rítmicamente la mano de madera contra el

cuero tenso...

—¡Ah!...

...Arriba, Romualdo Pita Santos, desentendido del muerto, se preocupaba exclusivamente del temé—en—pie.

Hablándole a un peón le decía:

—Búsqume, Pintado, unah gayinah gordah. Hay que hacer un aguao. Eh lo máh mejor paun velorio... Despuéh va'comprarme café pa destilar, onde er guaco Lópeh... ¡Ah, mayorca! Un trago nunca está demah.

Cuando oyó la música que sonaba en el barranco, exclamó:

—Han garrao estoh gayoh la moda de la sierra... ¡Bueno!... Que aiga música... Pero, baile no aguanto... Cuando se baila a un muerto, se malea la casa...

Dirigiéndose a una mujer que animaba el fuego del fogón con un enorme abanico, exigió confirmación:

—¿Verdá, comadre Inacita, usté que eh tan sabedora d'eso?

La interpelada contestó, convencida:

—Así eh, don Pita.

...Abajo, las mujeres musitaban rezos junto al comedor.

La música cesó.

Las últimas notas las dieron unas lechuzas que tenían su nido en el alero del edificio.

Al oír los chirridos de los animaluchos, el viejo Manuel Mendoza comentó:

—Esah son lah que han cortao la mortaja paa mi compadre Piedrahita...

¡Desgraciadah!...

Como los pajarracos continuaran en sus lúgubres gritos, mientras revoloteaban sobre la casa, agregó:

—Y sigue er vortejeo... Leh ha sobrao telaa pa otra, mortaja, se ve... Santigüensen, amigoh, no sea que noh ataque a arguno de nosotroh...¡Mardita sea!

Todos, incluso Nazario Moncada Vera, se persignaron, contritos...

José de la Cuadra



José de la Cuadra Vargas (Guayaquil, 3 de septiembre de 1903 -ibidem, 27 de febrero de 1941) fue un escritor ecuatoriano, y no un poeta, miembro del Grupo de Guayaquil. Es considerado uno de los cuentistas más destacados de la literatura ecuatoriana, con una nutrida obra en que exploró la vida del pueblo montuvio a través del realismo.

Entre sus obras más importantes se encuentran la novela Los Sangurimas y el cuento La Tigra.